

TERCERA PARTE



I
Cecilia.

—¡Pero eso se llama difamación! Tienes derecho á llevarle á los tribunales á ese miserable Hirsch. ¡Haberme dejado durante cinco años con el convencimiento de que mi amigo Jack era un ladrón!...

¡Qué canalla!... Vino á casa con el único propósito de darme esa noticia; bien podía volver para desmentirla, puesto que quedaba reconocida tu inocencia, comprobada, y comprobada en los términos más hala-

giueños, más elocuentes para tí. Vamos á ver, enséñame otra vez tu libreta.

—Aquí tiene usted, señor Rivals.

—¡Magnífico! No se puede reparar mejor un error involuntario. Ese director es un hombre honrado. . . . ¡Mira, chico, estoy contento! Con frecuencia me atormentaba la idea de que mi discípulo era un pillo. . . . ¡Y pensar que si no te llevo á encontrar por casualidad en casa de los Archambauld, hubiera podido conservar esa idea durante largo tiempo!

En efecto; en la casita del guardabosque era donde el Sr. Rivals acababa de hallar á su antiguo amigo.

Desde diez días que hacía que habitaba Aulnettes, vivía Jack como un brahmín contemplador, hundido en el gran silencio de la naturaleza, aspirando los últimos hermosos días, empapándose en sus soles atibizados, no saliendo de su casa más que para internarse en la tranquilidad vivificadora del bosque. Los árboles le daban savia; el suelo, firmeza, y á veces, sacudiendo su frente para despertar en ella algún pensamiento, parecía que perdía algo de su propia fealdad de enfermo y de casi presidiario, bajo el cielo claro, profundo, puro.

Los únicos seres humanos con quienes se relacionaba eran los Archambauld, de quienes tan buen recuerdo había conservado. La mujer le recordaba á su madre, á quien había servido largo tiempo, afectuosa y fiel; el hombre, el buen gigante, silencioso y hurafío, absorto como un fauno en la vegetación del bosque, evocaba para él todo un pasado de paseos silenciosos y regeneradores. Revivía en él su infancia entre aquellos dos solitarios. La mujer le compraba el pan, sus provisiones, y á veces, cuando tenía pereza para irse á

su casa, él mismo hacía cocer una sencilla comida en la ceniza del hogar de aquella buena gente. Pasaba largos ratos á la puerta de la casa, fumando su pipa junto al guarda. Nunca le hacían una pregunta. Sólo que al verle con los pómulos inflamados, tan delgado en su alta estatura, Archambauld tenía esos movimientos tristes de cabeza que le ocurrían cuando veía los árboles del bosque roídos por gorgojos.

Aquel día, al llegar á casa de sus amigos, había hallado Jack al marido en la cama, sufriendo un violento ataque de reuma articular, que dos veces al año tiraban al suelo á aquel coloso, dejándolo tendido como un gran árbol herido por el rayo.

De pie, á su cabecera, un hombre de baja estatura, vestido con larga levita cuyos faldones estaban llenos de periódicos y de libros, permanecía mudo, descubierta con su hermosa cabellera blanca medio despeñada. Era el Sr. Rivals.

Al pronto, fué penosa la entrevista. Avergonzabase Jack al hallarse enfrente del viejo doctor, cuyas lúgubres predicciones recordaba. El Sr. Rivals, atribuyendo ese malestar al recuerdo del robo, permanecía muy frío. Pero á pesar de todo, conmovióle la debilidad de aquel muchachote. Salieron juntos, volviendo á pie y charlando, por los caminillos verdes del bosque; y de uno á otro sendero, de un detalle vago á otro más concreto, llegaron al límite del bosque y á la completa explicación del error.

El Sr. Rivals triunfaba, no cansándose de leer la página de la cartilla en la que el director del taller reconocía la falsa acusación de que Jack había sido objeto.

—Bueno, pues ahora que estás instalado por aquí,

supongo que te veremos con más frecuencia. Por de pronto, eso es indispensable. Te mandan al campo, del mismo modo que se pone un caballo á que coma verde; pero no es suficiente. Necesitas cuidados, grandes cuidados, sobre todo en la estación en que vamos á entrar. ¡Etiolles no es Niza, qué demonio!. . . . ¿Recordarás cuánto te gustaba antes estar en nuestra casa? Pues siempre es la misma. La única que falta es mi pobre mujer. Murió hace cuatro años, de pena, de disgusto, pues desde nuestra desgracia, nunca se repuso del todo. Afortunadamente me quedaba la "pequeña" que la reemplazaba, pues sin ella, no sé yo lo que de mí hubiera sido. Cecilia lleva las cuentas, cuida la farmacia. ¡A ella sí que le gustará verte!. . . . Vamos, ¿y cuándo vienes á casa?

Titubeaba Jack antes de contestar. Como si hubiese penetrado su pensamiento, añadió riéndose el Sr. Rivals:

—Y no necesitas presentarte con tu cartilla delante de la niña para que te reciba bien. . . . Nunca le he hablado de nada, ni tampoco á su madre. Te querían demasiado para que les diera yo tal disgusto. . . . Nunca ha habido el menor resentimiento entre vosotros. . . . De modo que puedes presentarte tranquilo. Hoy está el tiempo demasiado fresco para que vengas á comer con nosotros. La niebla te hace mucho daño. Pero mañana te espero para el almuerzo. Las costumbres, ya las conoces; se almuerza á las doce, á las dos, ó á las tres; según las visitas. La cosa está peor que antes, porque mi pijotero caballo, con los años, se ha vuelto perezoso y cabezudo. . . . No pasa día sin que tengamos alguna cuestión. . . . Ya estás en tu casa, entra pronto.

¡Mañana, sin falta! Y no dejes de ir, porque vengo yo á buscarte.

Al cerrar la puerta de la casa, que se enredaba entre plantas trepadoras experimentó Jack rara impresión.

Parecióle que volvía de una de aquellas grandes excursiones en coche que hacía él entre el médico y su amiguita; que iba á hallar á su madre poniendo la mesa con la mujer del guarda mientras El trabajaba en la torrecilla. Y lo que completaba la ilusión, era el busto de D'Argenton, que no se habían llevado á París por ocupar demasiado sitio, y que continuaba dominando el césped, enmohecido, triste, paseando en torno suyo su sombra movediza como la aguja de un reloj de sol.

Pasó la velada junto á la chimenea, delante de una lumbre de sarmientos, pues el departamento de calderas lo había vuelto friolento. Y lo mismo que antes cuando volvía de sus correrías campestres, los recuerdos que traía le impedían sentir el peso de la tristeza y de la tiranía que pesaban sobre toda la casa; igualmente aquella tarde, el encuentro del Sr. Rivals, el nombre de Cecilia, varias veces pronunciado, habían dejado en su corazón un bienestar desconocido desde hacía largo tiempo, y poblada su soledad de dulces fantasmas, de visiones felices, que le acompañaron hasta en su sueño.

El día siguiente, á las doce, llamaba á la puerta de los Rivals.

Tal como se lo anunció el buen doctor, estaba la casa; es decir, sin acabar; y la marquesina se enmohecía más cada día, esperando su cristalería.

—El señor no ha regresado aún. . . . la señorita está en la farmacia, le dijo á Jack la criadita que salió á

abrirle la puerta y que había substituído á la antigua y fiel sirvienta de otros tiempos. Un perrillo que ladraba en su casita, ocupada antes por el viejo terranova también probaba, á su manera, que las casas duran más que los seres sea cualquiera la especie á que pertenecan.

Subió Jack á la farmacia, á aquella espaciosa habitación en la que tanto había jugado. Llamó vivamente, impaciente por ver á su amiga, siempre niña en su recuerdo, y á la que la palabra cariñosa "la chiquita" que decía el médico, representaba en su vestidito de los siete años.

—Entre usted, Jack.

En lugar de entrar, se puso Jack á temblar, lleno de miedo, de extraña emoción.

—Entre usted, repitió la misma voz, la voz de Cecilia, pero aumentada, sonora, más rica, más suave, más profunda que antes.

De repente abrióse la puerta, y Jack, envuelto en luz, preguntóse si aquella deliciosa aparición de una doncella no desprendía rayos de su vestido claro, de su chaquetilla de cachemir azul, de sus brillantes cabellos, cual nimbo sobre su frente mate, á la vez dulce y altivo. ¡Ah! Qué azorado se hubiera sentido si los ojos de aquella hermosa joven, ojos de un gris delicado y discreto, no le hubiesen dicho claramente, sencillamente: "¡Buenos días, Jack! Soy yo, soy Cecilia... no tengas miedo," y si una manecita, descansando en la suya, no le hubiese recordado aquel calor suave que le llegó al corazón el día de la colecta del 15 de Agosto.

—La vida ha sido muy dura para usted, Jack; me lo ha dicho mi abuelo.—Y le miraba ella muy conmovida

—Yo también he tenido grandes disgustos..... Mi abuelita murió.... Le quería á usted mucho, y con frecuencia hablábamos de usted.

Cecilia era la única que hablaba. Sentado, enfrente de ella la contemplaba.

Era alta, graciosa en sus movimientos, muy sencilla.

En aquel momento, apoyada sobre el viejo bufete en el que en otro tiempo escribía la señora de Rivals, inclinaba ligeramente la cabeza para hablar á su amigo, con un movimiento de golondrina que gorjea en el borde de un techo.

Recordaba Jack haber visto á su madre muy hermosa también, admirándola con todo su corazón; pero había en Cecilia y se desprendía de ella un aroma de primavera divina, algo sano, reconfortante y puro, con lo que hubiera formado singular contraste la gracia mundana de Carlota, su risa alegre y sus grandes gestos.

Súbitamente, mientras estaba allí extasiado delante de ella, su mirada, al bajarse, halló una de sus propias manos descansando de lleno sobre su chaqueta, con esa torpeza que tienen en el reposo los miembros de los trabajadores. Parecióle enorme aquella mano negra, eternamente negra, atravesada de cortaduras, de rozaduras, terminada por uñas destrozadas, dura, curtida al contacto del hierro y del fuego. Avergonzábale aquella mano, y no sabía dónde ocultarla. Se decidió por metérsela en el bolsillo.

Pero ya era otro.

Súbita lucidez inundó su espíritu sobre su deplorable aspecto. Veíase sentado sobre una silla, alicaído, con las piernas separadas una de otra, ridículamente vestido con un pantalón de trabajo y una antigua chaqueta

de terciopelo, de D'Argenton, demasiado corta para sus brazos. Era su sino: las ropas demasiado cortas.

¿Qué estaría ella pensando de él? ¡Qué buena y qué indulgente tenía que ser para no estallar de risa, sin reparo alguno! Pues sabía ella muy bien reirse á pesar de su aire serio, y adivinábase multitud de diablillos burlones escondidos en las aletas móviles de su nariz tan correcta, en las comisuras de sus labios rosados, un poco gruesos y finamente arqueados.

A esa molestia física que sentía, añábase otra moral. Para acabar de confundirle y apenarle, he aquí que todas sus orgías, todas sus juergas de marinero se presentaron á su recuerdo, como si los turgorios que había conocido en los cuatro puntos cardinales, hubiesen dejado su horror sobre toda su persona, como si se vieran esas cosas. La arruga de tristeza que sellaba aquella frente tan unida, la compasión que denotaba aquella hermosa mirada, todo le decía que la joven notaba su abyección; y Jack sufría, estaba avergonzado.

¡Santa vergüenza, bendito sufrimiento! Era su alma que se despertaba, confusa y empapada de lágrimas. Pero él no se daba cuenta de ello. Dábale rabia el haber venido, y pensaba escaparse, bajar precipitadamente la escalera, y correr hasta Aulnettes para encerrarse allí, tirando luego la llave al pozo para que no tuviera la tentación de salir otra vez.

Por fortuna, vino gente á la farmacia, y como Cecilia se puso á pesar, á despachar y numerar las recetas como antes lo hacía su abuela, no sintió ya Jack el peso de aquella atención de muchacha, detenida sobre su triste persona.

Entonces pudo admirarla á sus anchas.

Era admirable, en efecto, admirable de dulzura, de paciencia, con todas aquellas pobres mujeres de labriegos, charlatanas y estúpidas, cuyas largas explicaciones recomenzaban continuamente, sin descanso.

Era una palabra cariñosa, una sonrisa, un buen consejo, una manera tranquila de ponerse al alcance de las gentes que hablaban, inclinando hacia ellas toda la gracia de su espíritu. En aquel momento se las había con una antigua conocida de Jack: aquella vieja merodeadora, la tía Salé, que tanto le asustaba cuando era pequeño. Encorvada como casi todos los labriegos que la tierra atrae hacia ellos en sus faenas diarias, agrietada por el sol, polvorienta y seca, sólo conservaba la Salé un poco de vida en sus ojos desconfiados, negruzcos, hundidos bajo los párpados, como animales nocivos que se guarecen en un hoyo. Hablaba ella de su "hombre, de su pobre hombre que hacía muchos meses que estaba enfermo y que no se decidía á reventar." Hacía ella á propósito en decir cosas feroces, aderezándolas con su charla de bruja, mirando á la joven bien cara á cara, como divirtiéndose en molestarla.

Ocurriósele á Jack, dos ó tres veces, el poner á la puerta de la calle á aquel monstruo apergaminado y harapiento; pero se contuvo viendo á Cecilia permanecer impassible ante aquella grosería agresiva, conservando ella esa firme serenidad, contra la cual, y creyendo morder, lima sus dientes la maldad más aguda.

Una vez despachada la receta, retiróse la labriega con toda especie de reverencias, de bendiciones falsamente obsequiosas.

Al pasar junto á Jack, volvióse y le reconoció:

— ¡Calle! El chico de las Aulnettes, díjole en voz alta

á Cecilia que la acompañaba. ¡Pues no está poco de capa caída!... Diga usted, señorita Cecilia, ¿ese sí que les cortará la lengua á los que en otro tiempo decían que el Sr. Rivals educaba al chico de D'Argenton para convertirlo en marido de usted? Me parece que ahora sí que lo despreciaría usted... ¡Demonio, y cuánto nos cambia la vida!

Y se fué bromeándose.

Jack sintióse palidecer. ¡Ah! ¡La vieja asquerosa le había soltado aquel golpe de "podadera" con que en otro tiempo le amenazaba! Verdadero golpe de podadera, de ese instrumento de hoja retorcida, malo y cazurro como su nombre. La herida caló mucho, mucho, y tardaría mucho en curarse.

Pero no sólo fué Jack el herido, y sé yo de alguien que hacia como que escribía en libro de apuntes, y que escribía torcido, con la cabeza baja y la cara muy colorada por viva emoción.

—¡Catalina! Pronto; la sopa y buen vino, y buen coñac, y todo lo necesario.

Era el doctor que volvía, y que al ver á Jack y á Cecilia cortados, silenciosos, enfrente uno de otro, estalló en alegre risa.

—¡Cómo! es cuanto tenéis que contaros desde hace siete años que no os habéis visto! ¡Vamos, andando á comer! Verás qué pronto se pone á sus anchas el pobre muchacho.

El almuerzo, lejos de darle ánimo á Jack, no hizo sino aumentar su disgusto. Ante Cecilia, no se atrevía á comer temiendo sacar á relucir sus costumbres de taberna. En la mesa de D'Argenton, las malas costumbres adquiridas durante su vida obrera, no le habían preocu-

pado nunca. Aquí sentíase fuera de lugar, ridículo, y sobre todo sus desdichadas manos le atormentaban. Menos mal, la que tenía cogido el tenedor; pero, ¿qué hacer con la otra? Sobre la blancura del mantel, todas sus señales resaltaban espantosas. Por último, la dejaba colgando á lo largo de su cuerpo, lo cual le daba un aspecto de manco.

La amabilidad de Cecilia, no hizo sino aumentar su timidez. Notólo ella, y ya no le miraba más que con el rabillo del ojo, hasta el final de aquella comida, que le pareció interminable.

Por fin, vino Catalina á quitar el postre, y puso delante de la joven el agua caliente, el azúcar y la botella llena de aguardiente añejo. Desde que faltaba su abuela, Cecilia era la que hacia el "grog" al doctor, y el buen nombre no había salido ganando en el cambio, pues por miedo á cargar demasiado, llegó á componer una loción farmacéutica "en la que disminuía cada día la dosis de alcohol," según observaba melancólicamente el señor Rivals.

Al darle el vaso á su abuelo, volvióse la joven hacia el convidado:

—¿Bebe usted aguadiente, Jack?

El doctor se echó á reír.

—¿Que si lo bebe él, un fogonero? ¡Eres de una candidez!... por lo visto no sabes qué es lo que los sostiene á estos infelices... Mira, á bordo de la "Bayonesa," teníamos uno que rompía los niveladores para beberse el alcohol puro que tenían dentro... Ya puedes hacerle un "grog" de esos acorazados; nunca estará demasiado fuerte para él.

Miró ella á Jack con aire muy dulce, muy triste: